

Didáctica Magna

JUAN AMÓS COMENIO

PRÓLOGO DE

GABRIEL DE LA MORA



Séptima edición 1997

EDITORIAL PORRÚA

Primera edición: Madrid, 1922

impreso en México

INDICE

PRÓLOGO	VII
CAPITULO I <i>El hombre es la criatura postrera, la más absoluta, la más excelente de todas las criaturas</i>	1
CAPITULO II <i>El fin del hombre está fuera de esta vida</i>	2
CAPITULO III <i>Esta vida es tan sólo preparación de la vida eterna</i>	5
CAPITULO IV <i>Conocerse, regirse y encaminarse hacia Dios, tanto a sí propio como todas las demás cosas con uno mismo, son los tres grados de la preparación para la eternidad</i>	8
CAPITULO V <i>La Naturaleza ha puesto en nosotros la semilla de los elementos antedichos (erudición, virtud y religión)</i>	11
CAPITULO VI <i>Conviene formar al hombre si debe ser tal</i>	20
CAPITULO VII <i>La formación del hombre se hace muy fácilmente en la primera edad, y no puede hacerse sino en ésta</i>	24
CAPITULO VIII <i>Es preciso formar a la juventud conjuntamente en escuelas</i>	27
CAPITULO IX <i>Se debe reunir en las escuelas a toda la juventud de uno y otro sexo</i>	30
CAPITULO X <i>La enseñanza en las escuelas debe ser universal</i>	33
CAPITULO XI <i>Hasta ahora hemos carecido de escuelas que respondan perfectamente a su fin</i>	37
CAPITULO XII <i>Las escuelas pueden reformarse para mejorarlas</i>	41
CAPITULO XIII <i>El fundamento de la reforma de las escuelas es procurar el ORDEN en todo</i>	49
CAPITULO XIV <i>El orden que establezcamos para las escuelas debemos tomarlo de la Naturaleza; y ha de ser tal, que ninguna clase de obstáculos pueda alterarle</i>	52
CAPITULO XV <i>Fundamentos de la prolongación de la vida</i>	56
CAPITULO XVI <i>Requisitos generales para aprender y enseñar. Esto es: de qué modo debemos enseñar y aprender</i>	

<i>con tal seguridad que necesariamente hayan de experimentarse los efectos</i>	61
CAPITULO XVII	
<i>Fundamentos de la FACILIDAD para enseñar y aprender</i>	72
CAPITULO XVIII	
<i>Fundamento de la SOLIDEZ para aprender y enseñar</i>	87
CAPITULO XIX	
<i>Fundamentos de la abreviada rapidez en la enseñanza</i>	94
CAPITULO XX	
<i>Método de las ciencias en particular</i>	109
CAPITULO XXI	
<i>Método de las artes</i>	116
CAPITULO XXII	
<i>Método de las lenguas</i>	122
CAPITULO XXIII	
<i>Método de las costumbres</i>	128
CAPITULO XXIV	
<i>Método de inculcar la piedad</i>	133
CAPITULO XXV	
<i>Si queremos reformar las escuelas conforme a las normas verdaderas del cristianismo hemos de prescindir de los libros de los gentiles o por lo menos usarlos con más cautela que hasta el presente</i>	142
CAPITULO XXVI	
<i>De la disciplina escolar</i>	155
CAPITULO XXVII	
<i>De la división de las escuelas en cuatro especies conforme a la edad y aprovechamiento</i>	159
CAPITULO XXVIII	
<i>Idea de la escuela materna</i>	162
CAPITULO XXIX	
<i>Idea de la escuela común</i>	167
CAPITULO XXX	
<i>Bosquejo de la escuela latina</i>	173
CAPITULO XXXI	
<i>De la academia</i>	178
CAPITULO XXXII	
<i>Del orden general de las escuelas rectamente guardado</i>	182
CAPITULO XXXIII	
<i>De los requisitos necesarios para comenzar la práctica de este método universal</i>	188

CAPITULO XI

HASTA AHORA HEMOS CARECIDO DE ESCUELAS QUE RESPONDAN PERFECTAMENTE A SU FIN

Cuál es la escuela que exactamente responde a su fin.

1. En extremo presuntuoso parecerá seguramente el hacer esta afirmación. Pero invito a considerar el caso y te hago, lector,. juez de él, quedándome con el papel de actor. Llamo escuela, que perfectamente responde a su fin, a la que es un verdadero *taller de hombres*; es decir, aquella en la que se bañan las inteligencias de los discípulos con los resplandores de la Sabiduría para poder discurrir prontamente por todo lo manifiesto y oculto (como dice el libro de la Sabiduría, 7.17); en la que se dirijan las almas y sus afectos hacia la universal armonía de las virtudes y se saturen y embriaguen los corazones con los amores divinos de tal modo que todos los que hayan recibido la verdadera sabiduría en escuelas cristianas vivan sobre la tierra una vida celestial En una palabra; escuelas en las que se enseñe *todo a todos y totalmente*.

Se prueba que las escuelas debían ser así, pero, sin embargo, no lo son.

2. Pero ¿hay alguna escuela que se haya propuesto llegar a este grado de perfección, cuanto menos que lo haya conseguido? Para que no se nos diga que perseguimos ideas platónicas o que soñamos una perfección que no existe y que tal vez no podamos esperar en esta vida, vamos a demostrar con otros argumentos que las escuelas deberían ser como dejamos dicho y no como son hasta ahora.

1. Con la opinión de Lutero.

3. Lutero, en su exhortación a las ciudades del Imperio para que erigiesen escuelas (año 1525), exige respecto a ellas entre otros, estos dos requisitos: Primero. *Que en todas las ciudades, playas y aldeas se creen escuelas para educar a toda la juventud de uno y otro sexo* (como nosotros razonamos en el cap. IX que debía hacerse); *de tal manera, que aun aquellos que estuviesen dedicados a la agricultura o a los oficios, acudiendo diariamente a la escuela durante dos horas, se instruyesen en letras, costumbres y religión*. Segundo. *Que se establezcan las escuelas con algún método, mediante el cual, no sólo no se les haga huir de los estudios, sino que, por el contrario, se les atraiga con toda suerte de estímulos; y conformes dice que no experimenten los niños menor placer en los estudios que el que gozan jugueteando el día entero a las nueces, la pelota o la carrera*. Así se expresa.

2. El testimonio de las cosas mismas; pues

4. ¡Consejo extremadamente sabio y digno de varón tan esclarecido! Pero, ¿quién no ve que, hasta ahora, no ha pasado más allá de su opinión? ¿Dónde están esas escuelas universales? ¿Dónde se encuentra el método suave que preconiza?

(1) Las escuelas no están creadas todavía en todas partes.

5. En cambio vemos todo lo contrario, puesto que todavía no se han creado escuelas en las localidades pequeñas, aldeas o lugares.

(2) y tampoco se procura, donde las hay, que sean para todos.

6. Donde existen escuelas no son juntamente para todos, sino para algunos pocos, los más ricos, en realidad; porque siendo caras, los pobres no son admitidos a ella, a no ser en algún caso, por la compasión de alguno. Y en ellas es fácil que pasen y se pierdan algunos excelentes ingenios con daño de la Iglesia y de los Estados.

(3) No son recreos sino pesadas piedras de molino.

7. Para educar a la juventud se ha seguido, generalmente, un método tan duro que las escuelas han sido vulgarmente tenidas por terror de los muchachos y destrozo de los ingenios, y la mayor parte de los discípulos, tomando horror a las letras y a los libros, se ha apresurado a acudir a los talleres de los artesanos o a tomar otro cualquier género de vida.

4. Jamas se enseñan todas las cosas, ni siquiera de un modo elemental.

8. Los que se quedaron (unos, obligados por la voluntad de sus padres o instigadores; otros, con la esperanza de obtener en algún tiempo alguna dignidad a causa de las letras; otros, por fin, movidos por un espontáneo impulso hacia estas profesiones

liberales) no obtuvieron su cultura sino de un modo poco serio, nada prudente, más bien de mala manera y falsamente. Pues lo que principalmente debía arraigarse en sus almas, *la piedad y las buenas costumbres*, se descuidaba por completo. No hubo el menor cuidado acerca de esto en todas las escuelas (y lo mismo en las academias, que convenía que fuesen la cumbre de la cultura humana), tanto que muchas veces, en lugar de mansos corderos, salieron de allí asnos salvajes, indómitos y petulantes mulos y en lugar de inclinación encaminada a la virtud, sacaban una afectada urbanidad de costumbres, algún lujoso y exótico vestido y los ojos, las manos y los pies diestros para todas las humanas vanidades. ¿Cómo se le iba a ocurrir a nadie que aquellos pobres hombres instruidos durante tan largo tiempo en las letras y en las artes habían de ser modelos para los demás mortales de templanza, castidad, humildad, humanidad, prudencia, paciencia, continencia, etc., etc.? ¿Y de qué provenía esto sino de *que en las escuelas no se plantea cuestión alguna acerca de bien vivir?* Testimonios de ello son la disoluta disciplina de casi todas las escuelas; las licenciosas costumbres en todos los órdenes; las quejas, suspiros y lágrimas de muchos piadosos varones. ¿Habrá aún quien defienda el estado actual de las escuelas? Estamos invadidos desde nuestro origen por una enfermedad hereditaria *que, desdeñando el árbol de la vida, nos lleva a desear desordenadamente el árbol de la ciencia tan solo*. Guiadas las escuelas por este desordenado apetito no han hecho hasta ahora más que perseguir la ciencia.

5. No con método suave, sino violento.

9. Y aun para conseguir esto, ¿qué orden se ha seguido? ¿Con qué éxito? En realidad, de tal manera que lo que la mente humana es capaz de conocer en el espacio de un año, entretenía durante cinco, diez, muchos. Lo que puede infiltrarse e infundirse suavemente en las almas se introducía violentamente, o mejor; se embutía y machacaba. Lo que podía ser expuesto clara y lucidamente se ofrecía a los ojos de modo obscuro, confuso, intrincado como verdaderos enigmas.

6. La erudición es más verbal que real.

10. Callándome lo actual, apenas se vio jamás alimentado el entendimiento con la verdadera esencia de las cosas; se le llenaba las más veces con la corteza de las palabras (una locuacidad vacía y de loro) y con la paja o el humo de las opiniones.

7. el estudio de la lengua latina en extremo prolijo y complejo

11. Si nos fijamos en el estudio de la lengua latina (aunque no sea más que a la ligera y como ejemplo), ¡gran Dios, qué intrincado, trabajoso y prolijo lo han hecho! Cualquier aguador, cantinero o zapatero de viejo, entre los oficios de baja condición, culinaria, militar o de cualquier otra índole, aprenden antes una lengua diferente de la suya, y aun dos o tres, que los alumnos de las escuelas con gran tranquilidad y sumo esfuerzo llegan a conocer tan sólo la latina. ¡Y con qué aprovechamiento tan distinto! Aquéllos al cabo de unos pocos meses ya charlan de lo lindo sus idiomas, éstos, después de quince y aun veinte años, sostenidos con los andadores de sus gramáticas y diccionarios, apenas si pueden expresar en latín unas pocas cosas, y esto no sin duda y titubeos. *¿De dónde puede provenir esta lastimosa pérdida de tiempo y trabajo sino de un método vicioso?*

Queja de Lubin acerca de esto mismo.

12. Con sobrada razón escribe acerca de esto el ilustre Eilardo Lubin, Doctor en Sagrada Teología y Profesor en la Academia de Rostock: *La forma corriente de educar a los muchachos en las escuelas me parece ciertamente como si se hubiese mandado a alguno que, concentrando su trabajo y estudio, averiguase el modo y manera que tanto los profesores como los alumnos no llegasen a conocer la lengua latina sino a fuerza de grandísimo trabajo, de inmenso fastidio, de infinito esfuerzo y a costa de un largo espacio de tiempo.*

Cuanto más repito una cosa o la repaso de mala gana tanto más me exacerbo y estremezco en todo mi ser.

Y afirma a continuación: *Y reflexionando no una vez sola, sino con frecuencia acerca de esto, confieso que he llegado a pensar que estoy completamente persuadido de que algún genio maligno, enemigo del género humano, ha introducido*

este método en las escuelas. Esto dice este autor, a quien he querido citar aquí como uno de los muchos testimonios entre las gentes más preclaras.

El autor mismo.

13. Aunque, ¿qué necesidad tenemos de buscar testigos? Lo somos todos los que hemos salido de las escuelas y academias con un ligero barniz literario. Entre muchos miles yo mismo soy uno, mísero hombrecillo, cuya riente primavera de la vida, los florecientes años de la juventud pasados en las vaciedades escolásticas fueron desdichadamente perdidos. ¡Ah, cuántas veces, después que me ha sido dado comprenderlo mejor, me ha llenado el pecho de suspiros, los ojos de lágrimas y el corazón de pena el recuerdo de la edad perdida! ¡Ah, cuántas veces el sentimiento me obligó a exclamar!:

¡Oh, si Júpiter me devolviera los años pasados!

Las quejas y los deseos deben cambiarse en el empeño de mejorar.

14. Pero todos estos deseos son inútiles; el día que pasa no ha de volver. Ninguno de nosotros, cuyos años pasaron, vuelve a hacerse joven para rehacer su vida e instruirse con mejor provecho; no hay ningún remedio. *Sólo nos resta una cosa, solamente hay una cosa posible, que hagamos cuanto podamos en beneficio de nuestros sucesores;* esto es, que conociendo el camino por el que nuestros Preceptores nos han inducido a error, señalemos el medio de evitar esos errores. Hagamos esto en el nombre y con la guía de Aquél, *que es el único que puede contar nuestros defectos y corregir nuestras desviaciones* (Ecles., 1.15).